



## Capítulo 88

La mente de Myaon luchaba por seguir el ritmo de la situación.

En medio del ambiente alegre, el susurro que escuchó estaba claramente fuera de lugar. Por eso Myaon, incapaz de responder, borró su sonrisa y frunció el ceño unos segundos después.

Por supuesto, sabía que tenía que mantener la compostura en ese contexto. Aunque las palabras pronunciadas fueran groseras, la persona que las había dicho seguía siendo uno de los cardenales del Santo Reino de Rosario.

A pesar de escuchar palabras tan irrazonables, sabía que lo primero era calmarse y responder con moderación. Sin embargo, aunque lo sabía, su rostro se arrugó involuntariamente por la ira, y una furia distintiva de su pueblo se hinchó dentro de ella.

«¿Qué acabas de decir...?».

Su voz estalló con irritación, pero se detuvo.

No, no fue que se detuviera de hablar.

Las palabras simplemente... se detuvieron.

Sus labios entreabiertos. Su lengua, que se había movido para formar palabras. Su ceño fruncido. Todo simplemente... se detuvo.



En el momento en que se dio cuenta de esto, Myaon sintió de repente que algo en este mundo había cambiado.

La luz del sol, que hacía un momento era cálida, ahora tenía un tono rojizo. Sus subordinados, que la habían acompañado en la misión, también estaban bañados en rojo, y los paladines que hacía un momento estaban junto a Yutia se quedaron paralizados en el sitio.

Como si el tiempo se hubiera detenido.

«¿Qué...?».

Instintivamente, Myaon intentó mirar a su alrededor, pero, lamentablemente, no podía mover el cuerpo en absoluto. Todo lo que podía ver era la inquietante imagen de unas líneas, como rastros de sangre, que trazaban los cuerpos inmóviles de sus subordinados y los paladines.

Mientras observaba cómo se formaban esas líneas, como si marcaran límites, una sensación de peligro inminente se apoderó de ella. Intentó con todas sus fuerzas mover el cuerpo.

«Escucha con atención».

La voz que provenía de delante de ella la hizo quedarse paralizada, conteniendo la respiración mientras miraba al frente.

Y entonces lo vio.

En este mundo carmesí, la única persona que conservaba el color, mirándola directamente a los ojos: la cardenal de Rosario, Yutia Bludia.





Un escalofrío de miedo se apoderó de Myaon, y no se debía a la pérdida de control sobre su cuerpo. Tampoco era el miedo a que Yutia Bludia le hiciera daño.

Era simplemente... incomprensible. Inescrutable.

Sin embargo, como si fuera el curso natural de las cosas, el miedo comenzó a infiltrarse en su mente, apoderándose rápidamente de ella y atormentándola.

Sin prestar atención al estado de Myaon, Yutia, la única que se movía libremente en este mundo helado, se acercó a ella y la miró fijamente a los ojos.

En esos ojos rojos, aún más carmesí que el mundo que las rodeaba, y en ese rostro intensamente impasible, podía sentir claramente la ira.

Mirando directamente a Myaon, Yutia colocó un dedo sobre la mano derecha de Myaon.

«Él no es alguien con quien puedas jugar a tu antojo».

Su voz, una severa advertencia, resonó con claridad.

«Espero que entiendas mis palabras».

En ese momento, una leve sonrisa apareció en sus labios.

«—¿Ah?».



Myaon se dio cuenta de que el mundo había vuelto a la normalidad.

Miró fijamente al cielo. El cielo era azul. El bosque había recuperado sus colores originales. Incluso Yutia, que se había acercado a ella antes, ahora sonreía sin expresión fría, con aspecto sereno, como una santa.

Lo único que no había cambiado era la intensa mirada roja de Yutia Bludia, que se asomaba a través de su sonrisa.

«Por ahora, pareces ser un invitado diferente, pero te guiaré al interior del Reino Sagrado».

Con eso, se dio la vuelta y comenzó a caminar hacia el Reino Sagrado sin dudarlo, y Myaon observó aturdida su figura mientras se alejaba.

Aún no había comprendido del todo lo que acababa de pasar, o más bien, no podía distinguir si había sido un sueño o realidad.

«...?»

Mientras el rostro de Myaon se contraía en señal de confusión,

«Capitán, ¿pasa algo?».

«¿Eh? ¿Por qué?».

Se giró al oír la voz de su subordinado detrás de ella, que le preguntó con expresión ligeramente preocupada.





«Bueno, es solo que... no te ves bien. Estás sudando mucho».

«Ah».

Solo entonces Myaon se dio cuenta de que tenía todo el cuerpo empapado en sudor frío.

Claramente, no se encontraba en un estado estable. Y...

«... Ah».

Sintiendo un leve dolor en su mano derecha, Myaon la miró y vio una pequeña herida: la herida superficial en la mano que Yutia había tocado en ese mundo rojo.

Al darse cuenta, Myaon volvió a mirar a Yutia. Mientras Yutia subía a un carruaje con destino al Reino Sagrado, miró hacia atrás con la misma sonrisa y los mismos ojos rojos penetrantes.

El pequeño gesto de Yutia antes de subir al carruaje confirmó que el extraño mundo que había visto era real.

Thump-thump-thump-thump-thump-thump-thump-thump-thump~

Todo el cuerpo de Myaon se llenó de terror.

#####



Mientras tanto, Alon, que había atravesado fácilmente las puertas del castillo escoltado por los paladines, contemplaba el Reino Sagrado que solo había visto en ilustraciones, pensando:

«Realmente hace honor al nombre de «Reino Sagrado»».

Las zonas exteriores de la capital no eran muy diferentes de otros territorios. Sin embargo, el centro de la ciudad estaba impecablemente cuidado, con calles ordenadas y edificios de un blanco inmaculado.

Finalmente, Alon llegó a la enorme catedral situada junto al edificio principal de Rosario, el Gran Templo, donde pronto se encontró de nuevo con Yutia.

«Ha pasado mucho tiempo, mi señor».

«Cierto. ¿Cómo ha estado?».

«Por supuesto, he estado bien. Aunque a veces me entristece un poco que tardes tanto en responder a mis cartas».

Al ver la broma desenfadada de Yutia, Alon no pudo evitar sonreír. A diferencia de sus encuentros con los otros Cinco Pecados, su frecuente correspondencia con Yutia hacía que las cosas se sintieran mucho menos incómodas.

Intercambiaron cortesías durante un rato.

«Entonces, ¿la ceremonia de graduación será dentro de unos días?».





«Sí. Para la ceremonia, es necesario que asista el cardenal principal, que en este momento se encuentra rezando. Mmm... Mañana te reunirás con la persona encargada para revisar el programa y las instrucciones de la ceremonia, y hasta entonces puedes descansar».

Alon asintió con la cabeza ante las palabras de Yutia mientras ella sonreía. Aclarando la garganta, habló.

«Yutia, si es posible, tengo una petición. ¿Te parecería bien?».

«Por supuesto. ¿Cuál es tu petición?»

«Me preguntaba si sería posible entrar en la Cámara Espiritual. ¿Se podría arreglar?».

La Cámara Espiritual.

Como su nombre indica, es una sala especial en Rosario a la que solo pueden acceder personas de alto rango y en la que, supuestamente, se puede conversar con la diosa Sironia, venerada por Rosario.

... Sin embargo, como es lógico, el simple hecho de entrar en la sala no significa que se pueda hablar con la diosa. Solo aquellos elegidos específicamente por Sironia o aquellos con una fe profunda, normalmente de rango obispo o superior, pueden oír débilmente su voz. De hecho, solo se sabe que el santo de Rosario ha oído realmente la voz de la diosa.

En otras palabras, Alon no podría conversar con la diosa aunque entrara, pero su motivo para entrar en la Cámara Espiritual no era hablar con ella, sino obtener un artefacto útil.



Sin embargo, a menos que se fuera de rango cardenalicio, y especialmente sin el permiso del actual «Santo» de Rosario, era difícil incluso poner un pie en esa sala.

Lo pidió con la mentalidad de «estaría bien que funcionara, pero si no, tampoco pasa nada», pero...

«Es posible. Si eso es lo que desea, mi señor. No será difícil».

«¿Ah, sí?».

«Sí».

Alon, sorprendido por la facilidad con la que ella aceptó, habló con un toque de confusión detrás de su rostro inexpresivo.

«... ¿En serio? Quiero decir, suena extraño que cuestione mi propia petición, pero he oído que solo el permiso del santo concede acceso a la Cámara Espiritual. ¿No es difícil?».

«No pasa nada. Si de verdad quieres ir, encontraré la manera».

La inquebrantable seguridad de Yutia hizo que Alon se sintiera inmensamente agradecido, aunque no quería causarle demasiados problemas.

«Si resulta difícil, avísame de inmediato. No hay necesidad de esforzarte demasiado».

Dijo él, observándola con atención.





«No te preocupes. Yo tampoco haría nada excesivo», respondió Yutia con una sonrisa, aparentemente consciente de su preocupación.

Al ver su sonrisa, Alon se sintió satisfecho. Había estado un poco preocupado después de presenciar su enfrentamiento con Seolrang en la colonia, pero tras hablar con ella, estaba seguro de una cosa: de todos los Cinco Pecados, ella era la que más se había reformado.

«Su mentalidad es tan recta como cabría esperar de alguien devoto de la fe».

Con eso, Alon continuó su conversación con Yutia, disfrutando de su charla.

... Era la tarde del primer día de su llegada al Reino Sagrado.

#####

En el reino de Ashtalon, dentro de la oficina del duque Komalon.

«Sí».

«¿El Gremio de las Melodías Oscuras fue aniquilado de la noche a la mañana?».

El duque Komalon suspiró profundamente mientras miraba al elfo oscuro que tenía delante.

A diferencia del que había informado la última vez, esta persona permanecía en silencio, con la cabeza gacha. El duque se quedó callado un momento antes de preguntar:



«¿Quién fue el responsable?».

«Estamos movilizando recursos para investigar de inmediato, pero aún no hemos identificado al culpable. Sin embargo, tenemos un sospechoso probable».

«¿Quién?».

«Parece que es alguien relacionado con el conde Palatio».

«¿Por qué lo es?».

«Ya habíamos entregado las instrucciones que mencionaste al Gremio de las Melodías Oscuras».

Ante la respuesta del elfo oscuro, el duque Komalon reflexionó un momento antes de hablar.

«Entonces, ¿es una situación similar al caso de Pigule hace unos meses?».

«Sí, parece que tomaron represalias».

«¿Represalias...?»

murmuró en voz baja con una risa amarga antes de volver a quedarse en silencio. Tras una pausa prolongada, el elfo oscuro preguntó con cautela:





«¿Qué medidas debemos tomar?».

El duque Komalon continuó.

«La última vez, dijiste que el responsable de Pigule probablemente fuera Deus Maccalian, ¿verdad?».

«Sí, es uno de los candidatos más probables, aunque no está confirmado».

«Y Deus Maccalian y el conde Palatio comparten una relación de benefactor, ¿verdad?».

«Eso es lo que se rumorea, sí».

«Sin duda, no es una conexión cualquiera».

Con ese murmullo, decidió: «Ya basta. Dejemos de prestar atención a este asunto».

«¿Estás seguro de eso?».

«Sí, por ahora, los «resultados» que esperamos son más importantes que el conde Palatio. Podemos ocuparnos del conde después de haber asegurado los resultados».

El elfo oscuro se quedó en silencio y luego volvió a hablar.

«De hecho, hay algo más que debo contarte».



«¿De qué se trata?».

«Según los informes, el conde Palatio se encuentra actualmente en el Reino Sagrado».

«¿El conde Palatio?».

«Sí. He oído que fue allí para la ceremonia de investidura».

El elfo oscuro asintió con la cabeza y el duque Komalon, con una extraña expresión en el rostro, parecía casi complacido.

«Entonces hay aún menos motivos para preocuparse. Muy pronto...».

murmuró, sonriendo.

«Los resultados del Proyecto Abisal saldrán a la luz allí, y entonces también podremos ocuparnos del conde Palatio».

Una sonrisa premonitoria se dibujó en su rostro.

#####

Al día siguiente, Alon pudo reunirse con el cardenal encargado de la ceremonia de investidura, que se celebraría en unos días, con la esperanza de familiarizarse con el programa del evento.





Sin embargo...

«Ah, ah, saludos, conde Palatio. Yo... soy Sergius. Encantado de conocerlo».

...

Temblando.

Alon observó cómo Sergius, uno de los ocho cardenales del Reino Sagrado, temblaba como si estuviera en pleno invierno. Pero, más que eso, Alon se dio cuenta de que Sergius no dejaba de lanzar miradas furtivas a Yutia, que estaba a su lado con una sonrisa serena.

¿Es su fe realmente tan fuerte como parece?

De alguna manera, él se sentía un poco incómodo.